I Domingo de Cuaresma, Ciclo A

Padre Pedrojosé ynaraja díaz

EL DESIERTO

*Cerca de uno de los lugares donde celebro misa hay un hotel de gran categoría. En ciertas ocasiones, de cuando en cuando, vienen algunos a la iglesia y después de saludarlos, acostumbro a preguntarles a qué se debe su estancia y más de una vez me han dicho: nos han regalado estos tres días de residencia aquí.

*También es frecuente que alguien me diga que sale de viaje a pasar unos días a un lejano país y cuando les pregunto por qué lo ha elegido, contestan casi siempre, nunca he estado allí y tengo curiosidad de verlo.

Hoy en día la gente tiene un gran interés en ver y nada más. Bueno sí, sacarse miles de fotos con su móvil, o celular, para presumir enseñándolas al primero que encuentran, sin acordarse ya en donde se las sacaron.

*Jesús un día decidió modificar su ocupación. Quiso cambiar su vida social profesional y dedicarse públicamente y por completo a la misión que el Padre le había encomendado.

Dejó la alta Galilea y se dirigió a tierras de Judea, junto al Jordán, a seguir un "cursillo de iniciación" que dictaba Juan, apodado el bautista. Este buen profeta acogía a todo el mundo que se le acercaba y les decía que pronto acontecería una llegada importante que cambiaría el estatus de la humanidad.

Acabado el cursillo, Jesús, como cualquier otro discípulo, se acercó a recibir el "diploma", que eso era remojón o bautismo, más expresivo el signo que cualquier papel o imposición de birrete que pueda usarse ahora. El solemne acto era discreto, modesto al sumo, tanto lo era que precisó hacerse presente y sensorial, dentro de lo posible, la realidad divina.

¡qué teofanía fue aquella!

Ahora bien, no todos fueron capaces de observarla y entenderla.

*Conseguido el título, más bien publicitada su realidad de cordero redentor, no quiso tomarse un año sabático. Le urgía prepararse a su pública función, medir sus fuerzas, se fue al desierto.

*A un desierto pequeñito, de no más de 30km de este a oeste. Sin dunas, sin horizontalidad siquiera y tampoco de amplios horizontes. El desierto de Judea es un plano inclinado, con 900m de desnivel, cruzado por apretados wadis, que permiten que las aguas torrenciales discurran hacia la hondonada del Mar Muerto.

*A Jericó, la ciudad de las palmeras, la ilumina el sol naciente, una pared rocosa eleva el suelo y desde esta cresta empieza propiamente el desierto. Hoy se salva el desnivel, si uno lo desea, mediante un aéreo. A media altura se observa, según parece, una cinta de balcones, donde una comunidad monástica recuerda la estancia de Jesús en los momentos que ahora explicaré.

*Un ancho y majestuoso wadi une la población a la que me he referido con la capital, Jerusalén. Es un itinerario que he recorrido muchas veces. En los primeros viajes, se trataba de una carretera que seguía el antiguo camino, el que desde siempre siguieron los israelitas, el mismo. Era fácil dejar el coche en cualquier lado y meterse por entre los wadis, buscando un recodo que permitiera sentirse en soledad. Hoy no es tan fácil, pero sí posible, lo tengo estudiado.

*No hay que cerrar los ojos para concentrarse, más bien tenerlos muy abiertos por si se distingue en la lejanía a Jesús orante.

*Ni Él, ni nosotros, tenemos comida, ni bloc de notas, ni cámara fotográfica. ¡cuantas veces le envidio! Con tanto que yendo por el mundo llevamos en el bolsillo es difícil concentrase y no dejarse dominar por la imaginación.

En el desierto, sin que nos acompañe nada que nos distraiga, rodeados de arena siempre igual y siempre desconocida, es más fácil concentrase.

*Es una de las mejores experiencias de una peregrinación a Tierra Santa. Respecto a esto, todos estamos de acuerdo.

Al cabo de poco no es posible otra cosa que mirar al cielo y a través de él, elevarse al Cielo que se nos tiene prometido.

*Por sublime que fuera la situación geográfica de Jesús y la grandeza de su mente, Él en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado, llegó el momento de la prueba.

A nosotros también en un momento u otro, de una u otra manera también nos llega.

*Egoísmo. ¿Quién no quiere aprovechar, si se le presenta la ocasión, de conseguir fácilmente lo que hace tiempo está deseando?. Pues no. el pan, como tantas cosa que nosotros ambicionamos no es lo más importante.

Ambición. ¿Quién no sueña poseer, atesorar, conservar a buen recaudo su pequeña o gran riqueza? ¿Quién no sueña dominar sobre algo alguien? Pues tampoco. La pobreza y humildad debe ser lo que ambicionemos.

Vanidad. ¿Quién no envidia y si puede pretende, lucirse en lo más alto de un podio, aplaudido, admirado y agasajado o caminar rodeado de paparazzi que aprisionarán en sus cámaras sus mejores ademanes o detallarán el encanto de su atuendo?. La vanagloria, la ostentación, el más selecto postín de joyas, no es la riqueza a la que debe aspirar el cristiano.

*Vence el Señor y el tentador se aleja, preparándose para mejor momento y armado de más astutas artimañas.

En Getsemaní será el próximo encuentro.

*La vida del cristiano. Esta cuaresma es un curso de actualización para cada uno de nosotros?

O ¿tal vez seréis de aquellos que creéis que todo está ya logrado y no precisa unos días de estudio, de inventario interior, o de examen de catálogos de

nuevas técnicas, de actualización o puesta al día, de mejoramiento o de limpieza y renuncia a tanto que impide el mejoramiento personal?